

AGENDA CIUDADANA

LOS DIPLOMATICOS MEXICANOS Y SUS CIRCUNSTANCIAS

Lorenzo Meyer

Poco Común.- En un país que no es particularmente poderoso pero que está rodeado de vecinos que lo son aún menos, como Brasil, la actividad diplomática puede ser relativamente interesante. Sin embargo, esa misma labor en una nación que no sólo no es poderosa sino que, además, es vecina de una gran potencia, como es el caso de México, sólo excepcionalmente le ofrece a sus practicantes la posibilidad de jugar un papel distinto del meramente formal y burocrático.

En virtud de lo anterior, es natural que el estudioso de la política exterior mexicana se concentre en coyunturas dramáticas –las guerras con Estados Unidos o Francia, por ejemplo-- o en temas estructurales –los efectos de la presión externa en momentos de cambio interno, el problema del control de las fronteras, los efectos económicos de las relaciones con el exterior o los problemas de la migración o el comercio ilegal— antes que en la biografía de algún diplomático. En contraste, en los países centrales, los investigadores han dedicado centenares de trabajos a examinar la obra de diplomáticos individuales como forma de entender la política exterior. Un buen ejemplo, es el príncipe austriaco Klemens Fürst von Metternich (1773-1859), que fuera ministro de asuntos exteriores de 1809 a 1848 y el gran arquitecto del Congreso de Viena. Otro caso más modesto, es el papel jugado por Benjamín Franklin como ministro en Francia y, a la vez, símbolo viviente del proyecto norteamericano. En fin, hay numerosas obras en torno a las acciones de diplomáticos de las grandes potencias, pero son escasas las dedicadas a esos personajes en países como México.

Por esta razón, hay que notar la aparición de un libro dedicado a examinar la labor de ciertos diplomáticos mexicanos, no tanto como secretarios de Relaciones Exteriores, sino

como ministros, embajadores o cónsules. Artífices y operadores de la diplomacia mexicana. Siglos XIX y XX es una obra publicada por Porrúa y cuatro centros de estudios y coordinada por otros tantos investigadores de cada uno de éstos (Agustín Sánchez, Rosario Rodríguez, Fernando Alanís y Enrique Camacho) y con la participación de 15 investigadores más.

La situación ideal de un diplomático es tener detrás de sí a un Estado fuerte que le respalde y una política coherente que implementar. Lo realmente difícil es dejar huella cuando se representan los intereses de un Estado débil y a la defensiva. Esta fue la experiencia de un puñado de enviados mexicanos ante las grandes potencias. En tales casos, lo importante es descubrir la forma en que esos personajes supieron aprovechar los eventos e incidentes para convertirlos en oportunidades de obtener ventajas o disminuir pérdidas para un país cuyas “circunstancias objetivas” lo tienen sistemáticamente a la defensiva.

Las Dificultades de Representar a un Estado que aún no lo Era.- Pasada la breve euforia que acompañó a la declaración de la independencia mexicana en 1821, lo que había de coordinación y control político a nivel nacional, casi desapareció. Para los 1830, de la Nueva España que había sido financieramente autosuficiente y que, además, entregaba recursos para sostener las administraciones de Cuba, Centroamérica, Filipinas, las Floridas y España, sólo quedaba el recuerdo. Con un fisco crónicamente en quiebra, deudas, un regionalismo feroz, un ejército que jugaba el papel de árbitro de la disputa política, con estados que desafiaban al conjunto considerando su separación, con potencias externas que amenazaban con invadir y con una sociedad cruzada por profundas divisiones raciales y de clase, ningún diplomático, por bueno y patriota que fuese, podía haber hecho gran cosa.

Seguir en este contexto las peripecias del zacatecano Luis de la Rosa Oteiza – diputado, senador, ministro varias veces y representante de México en Washington-- es

adentrarse en un penoso estudio en impotencia. De la Rosa estuvo a cargo de negociar el tratado de paz con Estados Unidos firmado en 1848 y luego de administrar la primera etapa de las relaciones entre vencedor y vencido –relaciones que se reanudaron casi de inmediato (cuatro meses)--, pues tras la derrota, la dirigencia mexicana se propuso cobrar la indemnización ofrecida por Washington a cambio del territorio arrebatado y olvidarse de la idea de hacer una guerra de resistencia al invasor, como la que sí haría Juárez poco después contra de los franceses. La élite mexicana a la que pertenecía De la Rosa, no recurrió a la guerra irregular contra el invasor porque temió armar a las clases populares. La guerra de castas que entonces tuvo lugar en Yucatán mostró, a ojos de los dirigentes, el peligro de involucrar al pueblo en los temas de la lucha política.

Luis de la Rosa marchó a hacerse cargo de la representación diplomática en Washington después de la derrota. De la misión del personaje --un liberal moderado— resalta lo frustrante de mantener una resistencia a las pretensiones norteamericanas sobre “La Mesilla” o Tehuantepec, a la vez que sostener públicamente y como algo real, “la amistad y buena inteligencia que felizmente existen [en 1852] entre México y Estados Unidos”. Intentar ser un buen diplomático cuando no existe el mínimo de poder para defender los intereses nacionales, es intentar lo imposible.

La Primera Diplomacia Real.- Sólo tras la restauración de la república en 1867, México tuvo las condiciones para empezar a construir un aparato estatal que correspondiera al contenido del concepto. Entonces y sólo entonces fue que una figura como la de Matías Romero --un político liberal y miembro de la oligarquía oaxaqueña--, contó con las condiciones mínimas para desempeñar el papel de un diplomático efectivo.

Romero pudo concentrarse en lo que era urgente e importante: en los problemas con los dos vecinos: Guatemala y Estados Unidos y particularmente en el asunto que amenazó

con poner al Departamento de Estado del lado guatemalteco: el tratado de límites con nuestro vecino del sur. El oaxaqueño llegó por primera vez a la capital norteamericana en 1862 y ahí moriría 36 años más tarde, aunque en el ínterin, le dio tiempo hasta de pelear al lado de Juárez contra los franceses (llegó a coronel). Como ministro en Washington, fue un obsesionado por conocer a fondo el medio en el que debía moverse —el sistema político, económico y social norteamericano— y por allegarse y manejar toda la información posible de fuentes públicas y privadas para darle mayor solidez y efectividad a sus gestiones. Es francamente sorprendente su dominio de los corredores del poder en la capital norteamericana, al punto que pudo tener ¡150 entrevistas con el secretario de Estado del presidente Lincoln, William Seward! y relaciones personales y de negocios con el general Ulises Grant. Si Matías Romero tenía acceso a secretarios de Estado y presidentes en Washington, también lo tenía en México con Ignacio Mariscal, Manuel González y Porfirio Díaz; ahí se tiene una de las claves de su éxito.

No hay duda que Romero fue uno de los grandes operadores mexicanos en el ámbito internacional. Sin embargo, la información y los contactos, por si mismos, no dan para mucho si no se les interpreta y usa dentro de un marco conceptual de la “gran política”. Romero logró hacerlo y establecer su liderazgo intelectual entre sus contemporáneos y ganar así una notable autonomía relativa en la formulación de la política de Porfirio Díaz hacia Estados Unidos. Claro que tanta familiaridad con Estados Unidos terminó por americanizar un tanto al ministro y mostrar que no es prudente dejar a un diplomático, por bueno que sea, mucho tiempo en un mismo país.

El Nuevo Régimen en la Coyuntura de la Lucha en Europa.- El libro en cuestión no aborda el tema de los diplomáticos de la Revolución, lo cual es una lástima pues en momentos tan extraordinarios suelen irrumpir personalidades igualmente extraordinarias.

Como sea, en el período de creación del nuevo régimen –de los 1920 a los 1940— hubo varias situaciones críticas que nos descubren a varios diplomáticos interesantes, todos formados en el ámbito de la dura política interna y luego enviados al exterior. Y aquí el caso de la guerra civil española y de la Francia derrotada por Alemania, permiten a la diplomacia mexicana probarse en circunstancias, donde, por definición, hay que improvisar y en un ambiente donde no domina la larga y espesa sombra de Estados Unidos. En tales situaciones, México y sus enviados suelen tener más libertad de acción. Aquí destacan figuras del cardenismo como la de Gilberto Bosques en su calidad de cónsul general en París, el coronel Adalberto Tejeda, representante de México ante la República Española, Isidro Fabela, enviado mexicano ante la Sociedad de Naciones, Narciso Bassols, ministro en Francia lo mismo que Luis I. Rodríguez.

Una política clara --antifascista y en pro de la derrotada República española, aunque con poco apoyo interno-- permitió a esos diplomáticos actuar a favor de los refugiados republicanos en Francia y África. Un puñado de funcionarios no burocratizados visitó los campos de internamiento, hizo gestiones, dio documentos (buenos y falsos), habilitó refugios, sobornó a policías de Vichy, medió entre las facciones, etcétera, para lograr salvar o embarcar a México al mayor número posible de españoles. Se escribió entonces una de las mejores páginas de la diplomacia mexicana en situaciones extraordinarias.

La Guerra Fría.- En esta etapa, destaca la política de México hacia Cuba. De nuevo aparece Gilberto Bosques como embajador mexicano en esa isla (1953-1964) y Vicente Sánchez Gabito como representante ante la OEA. Aquí, la pesada sombra de Estados Unidos vuelve a dificultar la acción de México en el exterior. Los movimientos de Bosques o Sánchez Gavito son netamente defensivos y bastante simbólicos. El caso de la Revolución Cubana es usado por los mexicanos para rescatar, lo que quedaba, de la autonomía relativa

ganada en las etapas anteriores frente a Estados Unidos, cuando aún tenían vitalidad la Revolución Mexicana, su nacionalismo y su esfuerzo por darle contenido a la autodeterminación, la no intervención y la igualdad jurídica de los estados.

La Posguerra Fría y un Prólogo que es Conclusión.- El prólogo de la obra aquí comentada es de Adolfo Aguilar Zinser, pero conviene hacer a un lado su contenido y fijar la mirada en el autor. Como algunas de las figuras anteriores, Aguilar no era diplomático de carrera cuando ocupó el cargo de representante de México ante Naciones Unidas (ONU), sino un académico y político que había ganado sus galones en el frente interno durante las luchas por la transición democrática. Cuando él ya había perdido la batalla por darle sentido a su nombramiento como responsable de la política de seguridad nacional, se le envió a la ONU cuando México era miembro de su Consejo de Seguridad (CS).

En el CS, Aguilar uso al máximo la libertad de acción que le daba su cercanía con el presidente (en realidad, la deuda política que el presidente tenía con él) para reavivar, aunque fuera por un momento, los valores tradicionales de la diplomacia mexicana en una circunstancia en que el desencuentro entre Estados Unidos e Inglaterra por un lado y el resto de los miembros permanentes del CS por el otro, le dieron a países como México y Chile espacio para cuestionar la política de acciones unilaterales de la hiperpotencia norteamericana en el caso de Irak. El discurso de México entonces es ya una página brillante e inesperada en la historia de su diplomacia.

Pese a tener a muchos de los “factores objetivos” en contra, Adolfo Aguilar, como antes un puñado de sus antecesores, pudieron y supieron combinar circunstancias, voluntad e inteligencia, para hacer la diferencia entre el diplomático como mero administrador de la rutina burocrática y el diplomático como actor conciente del drama político. Vale la pena tener siempre en cuenta la posibilidad de esta diferencia.